

## LIBROS

**YOUSSEF ZIEDAN (2014).** *Azazel* [Traducido del árabe por Ignacio Ferrando]. Madrid: Turner, 376 págs.

Entre los motivos que hacen posible o atractiva la traducción de un libro, *Azazel* cumple tres de peso: llegar precedido de la polémica en su país de origen, haber sido un *best seller* (lo cual es consecuencia de lo primero) y haber recibido un premio importante.

Empecemos por el final. En 2009, *Azazel* recibió el International Prize for Arabic Fiction (IPAF). El IPAF es un premio anual concedido por una institución de los Emiratos Árabes Unidos con el objetivo de potenciar la literatura árabe, sobre todo fuera de los límites de su lengua. Es, por tanto, un premio en cierto modo orientado a la traducción y difusión exterior, un intento de seleccionar —a través de un jurado de composición y procedencia heterogénea— narrativa árabe reciente y de calidad con la idea de presentarla fuera de su circuito habitual. Existen acuerdos con editoriales dispuestas a verter las obras ganadoras a diversas lenguas y a garantizar su difusión en ámbitos extensos. En el mercado español, la editorial es Turner, cuya colección Turner Kitab (dirigida por Gonzalo Fernández Parrilla) alcanza con este su quinto título. Para la traducción literaria del árabe, esto ha supuesto un paso hacia las editoriales de gran difusión, en las que hasta ahora había tenido una presencia más bien puntual y muy contadas colecciones específicas.

En Egipto, país de origen de su autor y de publicación de la obra, la polémica —y consiguiente éxito de ventas— obedeció a un motivo religioso. Para comprender la polémica en su dimensión total, hay que tener en cuenta quién es el autor y cuál es el tema de la obra.

Youssef Ziedan es un prestigioso intelectual con una carrera que no se limita a lo literario. Sus variadas y reputadas facetas académicas tienen un reflejo claro en *Azazel*. La primera de ellas es la historia, la arqueología y la cultura medieval en general, sobre todo en lo que se refiere al periodo helenístico y a la ciudad de Alejandría. Para el lector español, resultan familiares las novelas históricas sobre el Egipto faraónico porque es un tema recurrente entre las publicaciones que puede encontrar en cualquier librería, vengan firmadas por escritores occidentales o por egipcios. Los escritores egipcios lo han tratado: Yury Zaidan y Naguib Mahfuz, por ejemplo. Pero es extraño encontrar referencias literarias al periodo en que se desarrolla la trama de *Azazel*, el siglo V d. C., el momento en que el cristianismo se consolida como religión de Estado y adquiere poder. Incluso a los lectores egipcios debe de sorprenderles leer un libro, escrito en árabe, en el que un autor egipcio medita sobre la historia de su propio país cuando este era un país cristiano; o más bien un país que se debatía entre la antigua religión egipcia, la filosofía griega y el cristianismo. Por otra parte, estamos acostumbrados a leer obras académicas y literarias en las que investigadores y literatos occidentales recrean o reflexionan sobre la historia musulmana. Lo contrario, un autor de origen musulmán que aborda con rigor la historia del pensamiento cristiano, nos choca.

Existe otra faceta relevante del autor que tiene mucho que ver con esta novela. Ziedan ha sido asesor de numerosas instituciones dedicadas a la conservación y edición de manuscritos antiguos, tanto cristianos como musulmanes. Ha dirigido la sección de manuscritos de la Biblioteca de Alejandría y es, sin duda, un experto en codicología por cuyas manos ha pasado la mayor parte del patrimonio documental egipcio. Eso se deja ver en la novela. Que *Azazel* es una novela escrita por un filólogo se percibe de la primera a la última página. Los hechos transcurren entre libros y bibliotecas, aparecen términos del léxico específico de los antiguos manuscritos cristianos, comentarios sobre los instrumentos del copista, la conservación de los soportes, reflexiones sobre el sentido de la escritura como forma de eternidad... Los capítulos reciben el nombre de «pergaminos» y la narración termina con un papiro en blanco abierto de par en par al futuro, como la historia que nos narra. La trama en sí parte de la ficción de ser la traducción de unos papiros siriacos enterrados por su autor y descubiertos siglos más tarde al noroeste de Alepo. Según este recurso narrativo, la novela comienza con un prólogo en el que Zeidan se presenta como su traductor al árabe.

Lo que tratamos aquí es una traducción al castellano de esa fingida traducción, realizada por Ignacio Ferrando. Traducir una novela como esta no debe de ser nada fácil. El contexto histórico de la narración y su léxico específico exigen al traductor un esfuerzo por traerlo al castellano con rigor terminológico y, también, recrear la ilusión de encontrarnos ante un manuscrito del siglo V. El traductor ha conseguido además, y con acierto, recrear el fingido estilo de un antiguo manuscrito a través de un castellano que recuerda a veces a las traducciones filológicas del XIX.

La novela narra el trayecto físico y espiritual del protagonista, Hipa, un monje egipcio del siglo V d. C., desde el Medio Egipto hasta el norte de Siria en un momento de convulsión para los cristianos. Son los años en que se produjo la herejía de Nestorio y el Concilio de Éfeso. El trayecto de Hipa tiene una parada en Alejandría. En ese momento ocupaba su sede episcopal Cirilo (más tarde conocido como san Cirilo de Alejandría). La cultura helenística pagana agonizaba mientras irrumpía con fuerza y crueldad el poder de la nueva religión. Para Hipa, que llegaba de una tierra pobre, de eremitas, Alejandría fue un estallido de luz. Allí cae rendido ante dos mujeres que encarnan la doble fascinación de la cultura clásica: la voluptuosidad pagana, el disfrutar de los placeres sin saber qué significa la palabra *pecado* (personificada en la esclava Octavia) y la fascinación del poder de la razón que no pone límites a la mente (personificado por Hipatia). Hipa abandona la ciudad tras ver cómo hordas de cristianos fanáticos despedazan a ambas, tras ver cómo el fanatismo se lleva por delante la capacidad humana de gozar y razonar. En Alejandría, conoce a Nestorio, y es su amistad con él la que conduce sus pasos hacia el norte. En las conversaciones y reflexiones de Hipa, un personaje más bien solitario, surgen lo que será una constante para los filósofos cristianos a partir de entonces: polémicas, contradicciones, debates sobre la naturaleza de Cristo, las mujeres dentro de la Iglesia...

Camino de Éfeso, Hipa decide que ha llegado al fin de su viaje, un monasterio situado al norte de Alepo, donde vivirá el resto de sus días dedicado a la oración y al ejercicio de la medicina.

Pero no. Faltaba un elemento decisivo de la trama: Azazel. Según los diccionarios y enciclopedias, Azazel es uno de los muchos nombres que recibe el Maligno. Lo que comenzamos dando por aceptado y sabido va complicándose. No es tan simple. Quién es exactamente Azazel y por qué recae en él el título de la novela es algo que el lector se pregunta una y otra vez a medida que avanza la lectura. Se lo pregunta porque cada vez lo ve menos claro. Tanto que llega un punto en el que se da cuenta de que justo en eso reside la tensión narrativa de la novela. No son los hechos (que los hay) ni los conflictos (que también los hay) y su posible resolución lo que mantiene el interés de la lectura. *Azazel*, más que una novela histórica, parece una especie de fábula filosófica al modo de la *Epístola de Hayy Ibn Yaqzán* de Ibn Tufayl o del *Cándido* de Voltaire. Los hechos ilustran un trayecto intelectual y espiritual, la lucha por resolver los conflictos que acosan al ser humano que decide enfrentarse a ellos. Hipa escucha la voz de Azazel, que le insta a escribir sus memorias, luego discute y lo rechaza, más tarde dialoga con él, termina por verlo, lo tiene delante como un espejo, y acaba por ser su aliado y salvador. Azazel no es el Maligno. Azazel es la razón. Que la razón y el Maligno sean o no la misma cosa, queda a juicio del lector.

La novela tiene además muchos méritos, entre ellos el de un sorprendente y logrado final, tan intelectual como el resto, que cierra el libro con una bella palabra: *libre*.

**M.<sup>a</sup> Luz Comendador Pérez, Universidad de Castilla-la Mancha.  
Escuela de Traductores de Toledo**